

De la condición animal a la condición humana

Marcos Winocur*

Un punto de partida y no un punto de llegada, unas preguntas que se encaminan hacia respuestas sin exigir por el momento sean éstas formuladas, una reflexión más que conclusiones, son las páginas que siguen. Una preocupación filosófica que interroga a la Antropología. ¿Cuáles son las diferencias, si las hay, entre nuestra condición humana y la condición animal? Es una primera cuestión que nos deja en la vecindad de otras tan viejas como las civilizaciones mismas: ¿de dónde venimos? ¿qué somos?

Es cierto que los científicos no necesitan dejar sus casas para entrar a la del vecino; ya bastante tienen con las problemáticas de cada una de sus propias disciplinas. Pero es un hecho que antropólogos, etnohistoriadores, historiadores, arqueólogos, lingüistas, por razones de oficio, se encuentran en inmejorables condiciones para proporcionar información e información teóricamente procesada, sin las cuales la Filosofía —como Anteo al ser alzado en vilo y separados sus pies de la Tierra— pierde su fuerza y se esteriliza en vanas metafísicas.

Es pues un requerimiento en nombre de la interdisciplinaridad y tal vez sea de interés mutuo: el “reprocesamiento” filosófico como parte del instrumental teórico de las ciencias. Y que, por lo demás, aporta una virtud subsecuente: sacar la problemática etológica (tanto comportamiento animal como humano) del marco donde se asfixia: la sociobiología.

Un punto de partida: el pensamiento vertido por Engels en *El papel del trabajo en la transformación*

Ten cuidado de las cosas de la Tierra;
haz algo, corta leña, labra la tierra,
planta nopales, planta magüeyes,
tendrás que beber, que comer, que vestir.
Con eso estarás en pie, serás verdadero,
con eso andarás.
Con eso se hablará de ti, se te alabará
con eso te darás a conocer.

Huehuetlatolli (del México prehispánico)

*del mono en hombre.*¹ Ciertamente, a esta altura del conocimiento no podemos quedarnos en esta obra, por lo demás inconclusa. Pero tampoco desconocerla. Es más: continúa a nuestro criterio vigente ese pensamiento a condición de enriquecerlo con los aportes habidos en el siglo sobre lenguaje, subjetividad (como conciencia de sí y conciencia histórica de la muerte), alienación (como conciencia escindida), comportamiento animal.

Al origen del hombre está el hombre mismo, su anatomía y su conducta. Pues ¿de dónde extraer la medida para operar los cambios que le convirtieran en hombre? A partir de sí mismo, de su heredad animalidad contrastada al medio. ¿De qué manera? Desarrollando las inclinaciones humanoides ya manifestadas en los primates, y que singularizan a éstos respecto del resto de los vertebrados.

La ruptura

Tal vez el primer paso sea incorporar al deambular arbóreo el desplazarse por el suelo, multiplicando así las posibilidades de encontrar alimentos y la

¹ Una edición a recomendar es la que, a más del trabajo de Engels, incluye Bruce G. Trigger, *Friedrich Engels, precursor de la teoría antropológica contemporánea* y apéndices documentales de Sherwood L. Washburn, Kenneth P. Oakley y Bernard Campbell (*Sobre el origen del hombre*, Anagrama, Barcelona, 1974). Permitásenos agregar la mención a un autor de este siglo, Vere Gordon Childe, El listado de su completa bibliografía (y materiales por primera vez vertidos en español), en: *Presencia de Vere Gordon Childe*, textos prolongados, recopilados, traducidos y/o revisados por José Antonio Pérez, SEP-INAH (Secretaría de Educación Pública/Instituto Nacional de Antropología e Historia), México, 1981.

*División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Economía de la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México), Coordinador del Área de Historia Económica,

variedad de éstos. Pero también los riesgos se multiplican, en especial frente a los animales carnívoros. Quien, menos que éstos, se vale de dientes y pezuñas, mejor hará en liberar dos extremidades y usar musculatura y agilidad.

La mejor posición para la defensa, a partir de la anatomía de un primate, será pues la erecta. Y también para el alerta. Basta advertir cómo tantos mamíferos yerguen la cabeza, asiento de los sensores visual, auditivo y olfativo, en el alerta. El hombre adoptará así la posición corporal erecta, lo cual supone, a más de liberar dos extremidades y en ellas aguzar el tacto, la cabeza erguida y no semicolgante. ¿Qué se ha ganado? Una mejor disposición anatómica para el alerta permanente. Y ya se sabe: disminuir en el enemigo la ventaja de la sorpresa es buena parte de la defensa.

Y así de seguido. La mano, extremidad ya de uso diferenciado, sirve para asir. Habrá pues que desarrollar esa tendencia en sentido humanoide: no ya las ramas de los árboles para desplazarse impulsando el cuerpo hacia arriba y adelante, sino, venidos grupos de primates a tierra, asir las herramientas.

El siquismo del primate fue complejizándose. Ello significó una mayor y más continua corriente dirigida hacia los centros del cerebro, requiriendo de la capacidad craneana en expansión, habitat para nuevas series de neuronas. Fue el camino de la inteligencia humana. No hacía sino cubrir los primeros tramos y ya generaba específicas exigencias. Un nuevo tipo de lenguaje debía suplantar lo gutural: el lenguaje articulado. Era el instrumento idóneo para vertir un pensamiento complejo, de más en más tendiendo a las representaciones y a la asociación de éstas.

Tal cual el hombre echó mano a la mano, valga la redundancia, hizo lo propio con las cuerdas vocales. Heredaba ambas del primate. Y en ese sentido las cuerdas vocales, no menos que la mano, están en la génesis de los instrumentos de trabajo. Una herramienta (un cuchillo de piedra) se asocia a la palabra, a saber: la herramienta es corporización de ideas (necesito cortar) como la palabra es representación de ideas (necesito informar que he cortado, necesito enseñar cómo se corta o cómo mejor se corta). El objeto es el objeto mudo. La palabra es el objeto comunicado a los semejantes. Y ambos, objeto (donde en primer lugar se inscribe la herramienta) y lenguaje (donde en primer lugar se inscribe la palabra) son respuesta a idéntico requerimiento del hombre: transformar el entorno a su medida.

Trabajo, relación social, búsqueda de nueva posición corporal, capacidad craneana y cerebro en expansión, siquismo (sin excluir la capacidad de acumular experiencia y de transmitirla como cono-

cimiento vía aprendizaje), lenguaje . . . viejos conocidos, sufren, sin embargo, algo que les altera: una convergencia de aceleraciones. ¿Es la ruptura de la condición animal? Ya lo es. Cada factor, aislado, poco gravita. El conjunto, esa convergencia dada sobre ciertos primates, arroja un producto nuevo. Para decirlo hegelianamente, lo cuantitativo en lo cualitativo. Estamos, de todos modos, a mitad de camino. La especie, en vías de definición, espera por rasgos donde nada quede salvo lo específicamente humano.

¿Pienso, luego existo? Trabajo, luego cuento socialmente

¿Es autónoma la subjetividad? La respuesta es también histórica y cae dentro del contexto que tratamos, del hombre primitivo, ese puente tendido a partir de la posición corporal erecta . . . y que ahora nos lleva a la conciencia de sí. Esta incorporación de la subjetividad en grado de pensarse, requiere atención. Así como una abundante literatura ha sobredimensionado el rol del lenguaje, lo propio ocurre con la subjetividad. Todo el pensamiento idealista lo ha hecho sistemáticamente, manifestándose hoy a través de un sicologismo.

Y bien, contamos con el nuevo espécimen "terminado" desde el punto de vista anatómico-fisiológico. ¿Qué nos falta? Que vaya revelándose a través de comportamientos. Y esto llegará antes que nada con el trabajo. El hombre descubre el trabajo bajo nueva luz: a través de los intermediarios que le proporcionan el acceso a su entorno, esto es, las herramientas.

De donde el trabajo asume un rol decisivo: armado de las herramientas es como el hombre se desgarró de la naturaleza, se vuelve contra ella. Transformarla a su medida, hay un único medio posible, la actividad complementaria de manos, lenguaje e inteligencia. Cada uno en lo suyo y a su manera, dan cuenta de las herramientas. El acceso al entorno es eminentemente activo, transformador no sólo del entorno sino del siquismo. Es un reflujo. La inteligencia es exigida por sus logros que exigen mayores logros. Ella vuelve hábiles las manos, las lleva a moverse según un plan, mientras acelera la disposición para el lenguaje articulado.

De simple manipulador de objetos, tal cual la naturaleza los presenta, el hombre primitivo pasa a un grado superior: la fabricación de herramientas, ese filo que de un trozo de roca hará un idóneo instrumento cortante. Y la inteligencia no cesará en su carrera. La conciencia de sí . . . ¿dónde se hace patente? En el ceremonial de inhumación. Detectado en época relativamente reciente, unos cincuenta mil años atrás, marca una nueva pauta. Por primera vez el hombre repara en el hecho de la muerte, y le rinde culto.

Tal vez constituya el adiós a la condición animal. Allí donde se alcanza que la muerte se resuelve por el contrario: la vida. Experimentar la una es experimentar la otra: sólo puede morir lo que vive. La ruptura . . . advertir que esa ruptura sea la contrapartida necesaria de *lo que se es* significa un paso en el proceso de adquisición de la conciencia de sí y el pasaporte definitivo al reino mental de los universales.

El discurso del hombre primitivo, de la subjetividad rastreada en sus orígenes, muy poco recuerda el discurso cartesiano. Más bien suena así: trabajo, luego soy. Dentro de ese discurso cabe una versión invertida: muero, luego vivo, luego soy. De larga data el hombre se había descubierto como unidad: fabricando y manipulando las herramientas de trabajo, cuyo uso se compartía en el seno de la horda.

No unidad a secas, sino unidad de trabajo, es decir, *de signo más*. Cada miembro de la horda adquiere un valor ante el resto: es el aliado en la lucha contra el medio hostil. Y ésta concierne a todos por igual. Ahora frente a la muerte el mecanismo se invierte. El hombre se advierte unidad *de signo menos*. Es ese *de menos*, la pérdida del aliado, lo que le lleva a culminar la noción de unidad.

Las tumbas del hombre primitivo —y la idea que conduce a crear con ellas el ceremonial de inhumación y el culto a la muerte— nada tienen que ver con las tumbas de nombre y apellido que hoy burguesamente nos tienen reservado un lugar en los cementerios. Tienen que ver más bien con la del soldado desconocido: dado de baja en acción de guerra.

Guerra contra el medio hostil y contra el hambre, tal el hombre primitivo. Sus armas: arco y flecha para la caza, arpón para la pesca, un palo para descargar sobre el tronco del árbol —y de una vez hacerse de sus frutos en lugar de tomarlos uno a uno a la manera del primate—, cuchillo de piedra para descarnar o despellejar la presa. El fuego naturalmente vendrá en su ayuda. Y todo para volver en contra de otra horda cuando una misma fuente de subsistencia cae en disputa.

El proceso de adquisición de la conciencia de sí en la muerte del otro, y esa muerte involucrando a todos por igual. El hombre es a condición de un conjunto y en esa medida cuenta. Nadie en particular sino todos, la conciencia colectiva, rinde el ceremonial de inhumación. Y no se resigna a la pérdida. Coloca en el vacío sentido la preocupación trascendental: junto al muerto comienza de dejar adornos, armas, utensilios de que éste se sirviera en vida.

He aquí que el muerto hace caso omiso de la diferencia. No por ello cesa el culto: esos objetos le servirán en un más allá inasequible a los del más acá. Pues la ruptura de la muerte es sólo relativamente aceptada. El aliado desaparece entre nos, los de la

horda. Pero en otro lugar le recobramos cuando sigamos tras sus huellas.

Es parte de la conciencia de sí ahora escindida, resuelta en un dualismo: el yo de lo real, el yo transferido. Cae bajo este concepto la religiosidad vista bajo el signo de los dioses y en sus formas más antiguas: animismo, tótem, tabú, ceremonias, pinturas rupestres u otros actos propiciatorios. Pinto en las paredes de las cavernas un venado cercado por cazadores, compañeros de horda. Es lo que *quiero* ocurra mañana en la jornada de caza. Mi deseo es tan fuerte que *creo* propiciar el acto en su imagen previa. Ya está: la imagen se independiza de lo real y, dotada de lo mágico, se vuelve contra lo real con la orden: sométete al hombre.

En tanto la revuelta contra el hambre, patrono de la muerte, no pueda ser resuelta sobre la tierra, la mirada terminará elevándose a los cielos: allá tal vez las presas de caza, los peces y los frutos se prodiguen. Y para poblar ese otro mundo, cuyo gobierno escapa a las manos, la inteligencia convocará a los dioses. ¿Quiénes sino ellos serían capaces de proporcionar bienes inagotables? .

El hombre alienado

De este hombre se dice alienado. ¿Qué significa? Lejos de nosotros la pretensión de dar su acabada conceptualización. Nos limitaremos a señalar los rasgos que hasta ahora se han hecho presentes. La alienación asoma como un dualismo operando desde el seno indiferenciado de la horda, antes aun de aparecer en escena histórica la división del trabajo.

Es respuesta de rasgos específicos, un malabarismo de la psiquis, malabarismo que guiará la conducta del hombre a lo largo de milenios. Contar con lo propiciatorio, con el más allá de las tumbas, con el favor de los dioses es un reforzamiento mental de primer orden en la batalla contra el hambre, propio de quien accedió a la conciencia de sí y la advierte escindida: él y su herramienta por un lado, la naturaleza y su resistencia por el otro.

Más adelante, operada la división del trabajo al seno de otro tipo de organización social —una comunidad sedentaria que domestica animales y plantas—, la alienación se potenciará al tiempo que comenzará lentamente a mutar: la herramienta, perdida para el uso colectivo, se irá volviendo tan extraña y hostil a lo humano como la naturaleza, ésta en tanto resistencia, según se dijo. Y el reforzamiento mental será usado por unos hombres contra otros. Tratar tales aspectos nos llevaría muy lejos, hasta la diosa mercancia. Y ello excede los límites de estas páginas.²

² Ver: Jaime Labastida, *Analogía entre dos mundos*, en: *Excelsior* sección cultural, pp. 1 y 3, México, 8 de mayo de 1983.